

pasaría el Tajo por Almaráz y puente del Arzobispo siguiendo á Talavera: el general Venegas, que se hallaba en Santa Cruz de Mudela, franquearía el Tajo por Fuentidueña, si permitía este movimiento la fuerza de Sebastiani que acampaba entre Consuegra y Madrideojos, y marcharía sobre Madrid, debiendo retroceder á la Sierra por Tarancon si iban sobre él fuerzas superiores; de otro modo, y apoyado por los ejércitos aliados, marcharían todos sobre la capital. La division de Beresford se mantenía hácia Almeida guardando la frontera de Portugal. El duque del Parque, que acababa de reemplazar á la Romana, se había encaminado hácia Ciudad-Rodrigo, dejando una sola division en Astúrias y Galicia. Los franceses, además del 4.º cuerpo que observaba en la Mancha á Venegas, tenían el 1.º á las órdenes de Victor á la izquierda del Alberche, ocupando su vanguardia á Talavera. De los tres cuerpos reunidos bajo el mando de Soult, y que componían una fuerza de 55,000 hombres, el 2.º estaba en Salamanca y Zamora, el 5.º en Valladolid y sus cercanías, el 6.º en Benavente, Astorga y Leon. Como se ve, el duque de Dalmacia, encargado de arrojar á los ingleses de la península, se había quedado en actitud de no poder impedir que se apoderaran de Madrid, que José, por no haber seguido aquél sus consejos, veía amenazada por tres ejércitos que ellos exageradamente hacían subir á 100,000 hombres.

Después de algunos días de noticias inseguras y

de zozobra para los franceses, supo José por el mariscal Victor que Wellesley se había reunido con Cuesta (21 de julio), que Wilson se hallaba en Escalona, y que los ejércitos aliados avanzaban sobre Talavera, en lo cual veía un peligro inminente, porque suponía en los generales del ejército anglo-hispano el designio de facilitar á Venegas el paso del rio para lanzarse todos tres juntos sobre Madrid. Con este temor, y á fin de impedirlo, dió inmediatamente orden á Soult para que con toda la rapidez posible se moviese y marchase con sus tres cuerpos de ejército á Plasencia: ordenó á Sebastiani que se replegara sobre Toledo, y él mismo salió de Madrid con cinco mil hombres y catorce piezas, y con intencion de reunirse al primer cuerpo en el Alberche. Pero estas medidas no habrían bastado á evitar la derrota de este primer cuerpo, si Cuesta no se hubiese opuesto á atacarle el día 23, como lo proponía sir Arturo Wellesley, conducta que se prestó á interpretaciones desfavorables al general español, é incomodó al inglés, que tomó de ello ocasion para volver á hablar de subsistencias, y declarar que si no se le aseguraba el mantenimiento de sus tropas no daría un paso mas allá del Alberche. Lo notable fué que Cuesta, tan remiso para la batalla el 23, al día siguiente cuando ya el ejército enemigo había levantado el campo avanzó él solo, sin los ingleses, por Santa Olla hasta Torrijos (25 de julio); paso temerario, que le espuso á una catástrofe habiendo concentrado los

franceses todas sus fuerzas hácia Toledo; y así lo reconoció él mismo, no obstante el pomposo parte que dió á la Junta diciendo que los franceses iban de huida y no habia medio de atacarlos, puesto que entonces invitó á Wellesley á que fuera á unírsele, lo cual, resentido éste, no hizo sino á medias.

Por fortuna los enemigos, bien fuese por el cuidado en que los puso saber que el inglés Wilson se habia internado hasta Navalcarnero, cinco leguas de Madrid, temiendo que esta aproximacion produjera un levantamiento en la capital; bien que el mariscal Victor desaprovechára, como dicen, á su vez la ocasion de destruir á Cuesta, no hicieron sino arrollar nuestros puestos avanzados, acometer su vanguardia mandada por Latour-Maubourg, á la nuestra que capitaneaba Zayas, hacerla retroceder con bastante pérdida de los dragones de Villaviciosa que se vieron atacados entre unos vallados, y merced al socorro de tres mil caballos con que acudió el duque de Alburquerque pudo nuestra vanguardia incorporarse al grueso del ejército, dejando de perseguirla por orden de Victor; así como Cuesta tuvo á bien retrogradar hasta ampararse del ejército inglés, sin que por eso diera muestras de oír con mas docilidad las reflexiones de éste. «Habiéndose malogrado, dice el autor de las Memorias del rey José, la ocasion de batir y dispersar el ejército español, fué menester sufrir mas tarde las consecuencias de esta falta.»

Todo en efecto anunciaba la proximidad de un gran combate, por mas que el estado mayor general francés hubiera querido rehuirle, hasta que viniese Soult sobre la espalda de los aliados desde Salamanca con los tres cuerpos puestos á sus órdenes, segun muy atinadamente lo habia prevenido José. Pero Soult no venia, y Wellesley se preparó para la batalla, á cuyo efecto dió orden á Wilson para que retrocediese de Navalcarnero á Escalona. Escogió sir Arturo las posiciones en el terreno que desde Talavera se estiende cerca de una legua hasta el cerro llamado de Medellin. Componian el ejército español cinco divisiones de infantería, mandadas por el marqués de Zayas, don Vicente Iglesias, el marqués de Portago, don Rafael Manglano y don Luis Alejandro Bassecourt: dos de caballería, que guiaban don Juan Henestrosa y el duque de Alburquerque: la reserva, que estaba á cargo de don Juan Berthuy, y la vanguardia que capitaneaba don José de Zayas. Sobre 34,000 hombres eran los españoles prontos á entrar en pelea, de ellos 6,000 ginetes. De cuatro divisiones se componia el ejército anglo-portugués, formando juntas unos 22,000 combatientes. Al decir de los historiadores franceses entre los cuerpos de Sebastiani, Victor y José componian una fuerza de 45,000 hombres útiles para el combate (1).

(1) Respecto al cómputo número de las fuerzas respectivas que entran en una batalla formal, hay por desgracia casi siem-

El 27 de julio comenzó á aparecer el primer cuerpo del ejército francés sobre la elevada llanura que domina la izquierda del Alberche. Por entre los olivos y moreras del terreno que ocupaba el ejército combinado entreveía aquél sus maniobras sin poder distinguir si tomaba posición ó se retiraba. Conocedor del terreno el mariscal Victor, fué el encargado por José de franquear el río, como lo hizo, cayendo tan precipitadamente sobre la división que mandaba el general inglés Mackenzie que la obligó á replegarse con algun desórden, faltando poco para que quedara prisionero el mismo sir Arturo Wellesley que á su proximidad se hallaba. Pasaron los demas cuerpos el río, y desplegándose por el camino real de Talavera, cerca ya de anochecer acometieron é hicieron retroceder con cierto azoramiento algunos batallones españoles é ingleses, conteniendo solo á aquellos el fuego de nuestra artillería. A las nueve de la noche atacaron nuestra izquierda con bastante impetuosidad, siendo al fin re-

pre bastante divergencia así en los partes oficiales de los gefes como en las historias de pueblos ó partidos interesados en la lucha, disminuyendo las propias y aumentando las contrarias. En este, como en los infinitos casos análogos, es difícil al historiador desapasionado averiguar la verdad con exactitud, por mas datos que consulte, y por mas que coteje los que en opuesto sentido suministra cada parte. Los franceses confiesan haber llevado á

esta batalla 45,000 hombres: calculan en 66,000 el ejército anglo-hispano, sin contar el cuerpo que mandaba Venegas, si bien añaden, con cierto aire de desprecio al ejército español, que de ellos solo 26,000 eran verdaderos soldados: tanto peor para ellos, si por tales soldados eran vencidos. Escusado es decir que tenemos la cifra que fijamos, si no por rigurosamente exacta, al menos por la mas verosímil.

chazados por los ingleses; y una falsa alarma que á las doce de la noche se esparció por el campo español dió ocasion á un confuso tiroteo que duró algun rato. Amaneció al fin el 28 (julio), que con razon un historiador y hombre de Estado francés llama «dia memorable en sus guerras con España;» y deseoso Victor de reparar el poco éxito de las tentativas del anterior, resolvió atacar vigorosamente el centro de que principalmente intentaba apoderarse, haciendo concurrir á este movimiento las divisiones Ruffin, Lapisse y Villatte. La escogida división Lapisse encargada de tomar la altura «pagó (son palabras de un historiador francés) con una pérdida enorme su atrevido ataque y su brillante retirada. Cerca de quinientos hombres por cada regimiento, ó lo que es lo mismo, mil quinientos por toda la división, quedaron tendidos en las gradas de aquel cerro fatal, contra el que habian ido á estrellarse dos ataques sucesivos ejecutados con extraordinario heroismo.»

A las diez de la mañana, vacilante el rey José en la duda de si convendría ó nó continuar la batalla, lo consultó con Jourdan y con Victor. El primero, esperto y prudente, y apoyado en muy atendibles razones, opinó por la suspension, al menos hasta que el mariscal Soult con sus tres cuerpos reunidos corriendo por Plasencia tomara la retaguardia al ejército anglo-hispano. El segundo, mas ardoroso y mas confiado en sí mismo, respondió, que si el rey que-

ria atacar la derecha y centro enemigo con el 4.º cuerpo, él se comprometía á desalojarle del disputado cerro, añadiendo que si esto no se conseguía con tropas como las suyas, era preciso renunciar á hacer la guerra. Cuando José fluctuaba entre el consejo de la prudencia y el del ardor, recibió una carta de Soult anunciándole que no podría estar en Plasencia hasta el 3 ó el 5 de agosto. Y como por una parte temiera que Victor dijera á Napoleon que le habian hecho perder la mejor ocasion de destruir á los ingleses, y por otra supiese que Venegas se aproximaba á Toledo y Aranjuez, y recelara verse cortado en su retirada á la capital, resolvióse, antes que á dividir las fuerzas para acudir á este peligro, á aventurar la batalla, en cuya virtud se decidió á atacar inmediatamente, pero por pronto que se transmitieron á cada cuerpo las órdenes del estado mayor, no se principió á ponerlas en ejecucion hasta las dos de la tarde.

No nos empeñemos nosotros en apurar con precision y exactitud el pormenor de los movimientos y evoluciones ejecutadas por cada parte en esta batalla, ni nos afanaremos por concordar las variaciones que en las diferentes relaciones de ella se observan, ni en averiguar si la division Ruffin atacó la izquierda de los ingleses antes que Sebastiani ó Lapisse se dirigieran contra la derecha ó centro de los españoles, ni si tomaron ó perdieron una ó mas veces una altura que se disputara, ni si resistió tal cuerpo los disparos de

metralla ó rechazó mejor que otro una carga de caballería. Lo que á nuestro propósito hace es saber, y que en esto convengan propios y estraños, que en el combate de aquel dia, el mayor que en esta guerra se habia dado, por el número de combatientes, y solemnizado con la presencia del rey José, ingleses y españoles rivalizaron en denuedo y bizarría; y si bien hubo momentos en que estuvo comprometida la suerte de la batalla para los aliados, merced á los heróicos esfuerzos de los ginetes y á los certeros disparos de la artillería rehiciéronse y tomaron ascendiente sobre el enemigo hasta obligarle á retirarse con considerable pérdida: retirada que fué después objeto de vivas contestaciones entre los generales Victor y Sebastiani, pretendiendo cada uno haberse retirado porque el otro habia abandonado su posicion; retirada que unos sostienen haberse verificado por orden del rey José, y que el mariscal Jourdan afirma haberse hecho *sin necesidad, sin orden del gefe del ejército y contra su voluntad*: reyertas que patentizan un vencimiento que les costaba trabajo confesar.

La pérdida de los franceses, además de 16 cañones que dejaron en nuestro poder, fué (ponemos la cifra de sus propias historias) de 944 muertos, 6,294 heridos, y 156 prisioneros: entre los muertos se contaba el bravo general Lapisse, y entre los heridos ocho coroneles y un general de brigada. Tuvieron los ingleses entre muertos, heridos y prisioneros mas de

6,000, contándose entre los muertos los generales Mackenzie y Langworth. En 1,200 hombres consistió la de los españoles, siendo de los heridos el general Manglano. Porque unos cuerpos españoles habían flaqueado la víspera, intentó el general Cuesta diezmarlos, y aun comenzó la sangrienta ejecución, en términos que llevaba ya sacrificados cincuenta hombres, y no sabemos hasta dónde hubiera llevado su ferocidad, si intercediendo el general inglés no hubiera amansado sus iras. Tal fué el resultado de la célebre batalla de Talavera de la Reina (28 de julio, 1809). La Junta Central española nombró á sir Arturo Wellesley capitán general de ejército, y el gobierno británico le dió el título de vizconde de Wellington, con que en adelante le conoceremos. Entre otras gracias que la Central otorgó á los gefes españoles que más se habían distinguido, fué una la gran cruz de Carlos III. con que condecoró al general Cuesta (4).

(4) Fué esta batalla causa de muchas y muy graves discordias entre los franceses. No solo hubo acres y mútuas increpaciones sobre la retirada entre Victor y Sebastiani, sino tambien entre el mariscal Victor y el rey José, asegurando aquél haberlo hecho por orden de éste, negando éste haber dado semejante orden. Por otra parte, Napoleon reconvinó á su hermano José por sus disposiciones para la batalla, y entre otras cosas decía, el plan de hacer venir á Soult sobre Plasencia era fatal y contra todas las reglas, que te-

nia todos los inconvenientes y ninguna ventaja, y concluía diciendo: «No se entiende una palabra de los grandes movimientos de la guerra en Madrid.» Pero añaden, que cuando José fué á París al bautizo del rey de Roma, tuvo con Napoleon una larga conferencia sobre esta batalla de Talavera, y que en ella le convenció de la conveniencia de su plan, tanto que le dijo el emperador: «Pues ahora digo que no debiste contentarte con dar á Soult la orden de marcha por medio del general Foy, sino que debiste enviarle dos, tres, cua-

Lord Wellington y los españoles permanecieron en Talavera, donde se les reunió el 29 el general Crawford con 3,000 hombres, absteniéndose á pesar de eso de ir al alcance de los franceses, que el mismo día 29 repasaron el Alberche, primero el rey José con el 4.º cuerpo y la reserva, dirigiéndose por Santa Olalla hácia Toledo y Madrid, ambas amenazadas por el general Venegas, cuyos destacamentos llegaban hasta Valdemoro. El mariscal Victor con su primer cuerpo se retiró tambien (1.º de agosto) hácia Maqueda y Santa Cruz del Retamar, temeroso del general inglés Wilson, lo cual dió ocasion á nuevos desacuerdos entre los gefes franceses. Aunque Wellesley alegó como causa de no seguir al alcance del enemigo su consabida queja de la falta de víveres, es indudable que influyeron en su conducta otros motivos y razones, y no era la menor entre éstas que el ejército francés, aunque vencido, no había sido deshecho. No creemos que supiera todavía, aunque se publicó en Madrid el 27 de julio por Gaceta extraordinaria, el

tro oficiales, y exigir que uno de ellos dieran á éste hecho de armas, y el dolor que les causó no haber triunfado en él, así como se ve por sus historias la violencia que les cuesta reconocer, no que confesar, que fuese victoria la que consiguió el ejército anglo-hispano. Todos se culpan recíprocamente, todos se quejan del mal éxito de aquella jornada, y nadie se lamenta de lo que le ha salido bien.

armisticio celebrado en Znaim entre el emperador y los austriacos: lo que sabía era, y esto pudo influir mas que nada en su determinacion, que Soult venia avanzando con sus tres cuerpos, tanto que el 30 de julio atravesó el puerto de Baños, ahuyentando de él al marqués del Reino que con escasas fuerzas le defendia, obligándole á replegarse al Tiétar, y quedando así allanado á los franceses el camino de Plasencia.

Acordaron en su vista los generales aliados, pero esto era el 2 de agosto, que el ejército inglés fuera al encuentro del duque de Dalmacia, y que el español permaneciera en Talavera al cuidado de Victor, por si volvía á avanzar por aquel lado. En su virtud pasó el de Wellington con su gente á Oropesa (3 de agosto), donde al siguiente dia le sorprendió la llegada del general Cuesta, que no atreviéndose á permanecer solo en Talavera por temor al mariscal Víctor y al rey José, se fué á incorporar al ejército británico. Desazonó á Wellington semejante precipitacion, con la cual, sobre ser contraria á lo acordado, quedaban abandonados en Talavera todos los heridos ingleses, que lo eran en gran número. Fuese por esto, fuese tambien, lo cual es muy verosímil, por temor á las fuerzas de Soult, que no bajaban de 50,000 hombres, tambien él mudó de pensamiento, y en vez de ir á buscar los franceses, determinó pasar el Tajo por el puente del Arzobispo, y estableció su cuartel general en Deleitosa (7 de agosto), dejando á los españoles, que le siguieron, el cuidado

de cubrir su retaguardia. Encontráronse ambos ejércitos metidos en terribles desfiladeros, de que salieron con grandes dificultades, en ocasion que el 5.º cuerpo de Soult guiado por Mortier, en comunicacion ya con Victor que desde el 6 habia vuelto á Talavera, se disponia á forzar el puente del Arzobispo.

El 8 de agosto el mariscal Mortier, duque de Treviso, atacó dicho puente, que los españoles tenian fortificado. Mas en tanto que éstos atendian á su defensa, no advirtieron que 800 ginetes enemigos, guiados por el general Caulincourt, vadeaban el Tajo, los cuales acometiendo por la espalda á los nuestros facilitaban practicar igual operacion á un cuerpo de 6.000 caballos que á la orilla opuesta quedaba. No habiendo llegado á tiempo de impedirlo los 3.000 ginetes españoles que mandaba el duque de Albuquerque, los defensores del puente huyeron desconcertados, tirando los unos á Guadalupe, los otros á Valdelacasa, y dejando en poder del enemigo 30 cañones, muchos carros de equipages y algunos centenares de prisioneros. Por fortuna éste no pudo seguir adelante, pues el puente de Almaráz estaba cortado, y por el del Arzobispo era meterse en los mismos desfiladeros de que acababan de salir con tanto trabajo los ingleses. Así por esto, como porque llamaba la atencion del rey José lo que pasaba hácia Toledo y Madrid, y por ser tambien lo mas conforme á las órdenes ántes expedidas por Napoleón desde Schœn-

brunn, suspendiéronse las operaciones por la parte de Extremadura. Soult recibió orden de situarse con el 2.º cuerpo en Plasencia; Mortier de ocupar las cercanías de Oropesa con el 5.º; y Ney con el 6.º de trasladarse á Salamanca, y arrojar de allí las tropas del duque del Parque que la estaban ocupando. Al atravesar Ney el puerto de Baños, encontró, atacó y dispersó la division hispano-lusitana que mandaba el inglés Wilson, no sin que le disputára á palmos el terreno y sin batirse briosamente por algunas horas, tan inferior en número como era. En cuatro dias se puso el duque de Elchingen de Plasencia en Salamanca, aun con haberse detenido á dar un combate. Esta celeridad hizo resaltar más la lentitud con que el duque de Dalmacia habia hecho ántes su marcha de Salamanca á Plasencia, lentitud á que el rey José y su gefe de estado mayor Jourdan atribuyeron siempre, y no sin fundamento, la pérdida de la batalla de Talavera, cuando con mas rapidez en aquel movimiento pudieran haber destruido al ejército inglés.

Mientras esto pasaba por la parte de Extremadura, José y Sebastiani habian atendido á libertar la capital del reino, amenazada, como indicamos, por el ejército de Venegas, á quien la Central habia conferido el mando interino de Castilla la Nueva, con prevencion de que residiese en Madrid, caso de poder ocuparla, en lo cual llevaba tambien la Junta el designio de disminuir el fatal influjo de Cuesta. Era el ejército de Ve-

negas de lo mas lucido y bien acondicionado que entonces teniamos: constaba de cerca de 30,000 hombres, distribuidos en cinco divisiones, regidas por generales acreditados, como lo eran Lacy, Vigodet, Giron, Castejon y Zerain: mandaba la caballería el marqués de Gelo. Habia reconcentrado su fuerza principal en Aranjuez, con propósito de defender los puentes y vados del Tajo, dejando detrás dos divisiones en el camino de Ocaña. El 5 de agosto acometieron los franceses por la orilla izquierda tratando de ganar los tres puentes: rechazáronlos con vigor nuestras tropas, guiadas por los generales Giron, Lacy y Vigodet, y desistieron aquellos despues de sufrir pérdida no escasa. Dirigiéronse luego á Toledo, el 9 pasaron el Tajo por esta ciudad y los vados de Añover, y José con su reserva situó su cuartel general en Bargas. En vista de este movimiento juntó el español Venegas sus fuerzas en Almonacid, inclinado á presentar la batalla, con cuya opinion coincidió la de los demas generales. No la rehuyeron los franceses, antes bien la anticiparon, y cuando el 11 por la mañana partió el rey José de Toledo con su guardia y con intencion de atacar, encontró ya al general Sebastiani empeñado en el combate. No fué éste favorable á los españoles: cuando llegó el rey José con la reserva, la quinta division nuestra habia ya flaqueado; la colina en que estaban las principales fuerzas españolas fué tomada despues de una viva resistencia, la division de Lacy

se vió sumamente comprometida, Venegas dió la órden de retirada, retirada que no pudo hacerse con órden á pesar de las acertadas maniobras de las divisiones Vigódet y Castejon, pues la voladura de unos carros de municiones asustó y dispersó la caballería, y huyeron todos atropelladamente hácia Manzanares. Aun allí corrió la voz de hallarse cortados por el enemigo, con lo cual desbandadamente se ahuyentaron, no parando en su fuga hasta Sierra-Morena, donde al fin después se rehicieron, segun costumbre.

La derrota de Almonacid nos costó la pérdida de 4,000 hombres, diez y seis piezas de cañon y algunas banderas. Los franceses confesaron haber tenido 319 muertos y mas de 2,000 heridos. Sin embargo, el rey José dirigió en Madrideojos á sus tropas una jactanciosa proclama, que se publicó después en la Gaceta de Madrid, exagerando su triunfo, el número de las fuerzas españolas y su pérdida (1). José despues de esta

(1) La proclama decia entre otras cosas: «Pero lo que era imposible prever es la batalla de Almonacid. Con efecto, ¿cómo se habia de creer que ese ejército de la Mancha, aunque su fuerza consistia en 40,000 hombres, tuviese no obstante la osadía de reunirse y marchar sobre Toledo.....? La victoria no ha estado largo rato indecisa. Generales, soldados, caballería, infantería, todo ha sido envuelto en una derrota completa. Ya han caido en nuestro poder treinta cañones, cien carros de municiones y otros doscientos de equipages. El ene-

migo ha perdido tres mil muertos, crecidísimo número de heridos, cuatro mil prisioneros, y muchas banderas. Todo cuanto ha podido salvarse del campo de batalla está dispersado, y ya no existe como cuerpo militar.»—Gaceta de Madrid del 15 de agosto.

Exagerada y jactanciosa hemos llamado esta proclama, y lo vamos á demostrar por las mismas Memorias del rey José. Las fuerzas españolas que la Proclama hacia subir á 40,000 hombres, en las Memorias no llegaban á 30,000. Los treinta caño-

victoria se volvió á Madrid (15 de agosto). El mariscal Victor de órden suya pasó á la Mancha, y estableció su cuartel general en Daimiel. El 4.º cuerpo se situó sobre el Tajo desde Aranjuez hasta Toledo. Por la parte de Extremadura, el general Cuesta, abrumado por los años, por los disgustos y por las contrariedades de la guerra, hizo dimision de su mando (12 de agosto), sucediéndole interinamente el general don Francisco de Eguía. Wellington con el ejército inglés retrocedió desde Jaraicejo (20 de agosto) hácia Badajoz, estableciéndose en la frontera de Portugal.

Asi terminó aquella campaña de veinte dias, que con tan favorable estrella para nosotros se habia inaugurado con la batalla de Talavera. Si es cierto, como proclamaban nuestros enemigos, que el plan de los españoles se habia completamente frustrado, que en vez de llegar por una parte á Madrid y por otra hasta el Ebro, como lo ofrecia el general Cuesta á la Junta de Sevilla, fueron obligados á huir precipitadamente á Sierra-Morena despues de perder mucha gente, y á retirarse el ejército inglés á la frontera de Portugal, tambien lo es, y uno de sus mas afamados historiadores asi lo confiesa, que ellos, «con trescientos mil sol-

nes cogidos, segun la Proclama, en las Memorias son diez y seis. Los cien carros de municiones de la Proclama, se reducen en las Memorias á treinta y uno. De los doscientos de equipages no se hace mencion en las Memorias.

La pérdida de hombres que por la Proclama fué de siete mil, sin contar crecidísimo número de heridos, en las Memorias no pasa entre todos de cuatro mil.—Memorias del rey José, tom. VI. pág. 256.